

A las y los hermanos de las cuatro comunidades eclesiales de base integradas en el movimiento ecuménico de CEBs en Mejicanos “Alfonso, Miguel, Ernesto y Paula Acevedo”.

Mensaje 5. 22 de marzo 2020

Nos acercamos a la fecha del 40 aniversario del martirio de nuestro querido pastor, Monseñor Romero. Pienso que Monseñor estaría un tanto contento que no haya celebraciones y grandes manifestaciones públicas. En realidad son actividades cómodas. Me imagino que Monseñor estaría viéndonos y observando lo que hacemos, como nos comportamos, en esta dura situación de crisis de salud y de economía. ¿No es así que seremos “Romeristas”?

En un comunicado de “Generación Romero” he leído la motivación a realizar en familia “un acto simbólico de luz el mismo 24 de marzo a las 6:15 de la tarde, hora en que fue asesinado Mons. Romero: encenderemos velas en nuestras casas y comunidades para recordar su asesinato” cuando pagó con su vida su compromiso con el Reino de Dios defendiendo a las y los pobres. Me parece que puede ser un momento muy significativo a compartir en familia, explicando a todos/as porque queremos iluminar nuestra vida a la luz de Monseñor Romero, una luz que no han podido apagar.

En el mensaje anterior hablamos de Monseñor como profeta de esperanza que nos reta a ser signos de esperanza en la familia y nuestro entorno. Hoy queremos referir a otra dimensión de la vida de Monseñor y que es un tremendo reto para cada uno/a de nosotros/as, en nuestras CEBs: su **coherencia, su autenticidad**.

Al recordar a Monseñor Romero, su figura, su presencia, sus homilías, sus cartas pastorales y todos sus escritos (en Orientación y otros), veo que ha sido lo contrario de los fariseos denunciados por Jesús cuando pidió a la gente hacer caso a lo que decían, pero sin ver lo que hacían. Monseñor Romero ha sido un hombre “cabal”, un cristiano de cuerpo y alma, de carne y espíritu, de todo. En él no había distancia o diferencia entre lo que decía y lo que hacía. Por supuesto la vida diaria, los retos de la historia nos piden tomar decisiones, arriesgarnos a dar pasos y Monseñor Romero también lo ha hecho, aprendiendo, hasta de errores. Pero nadie puede dudar de la autenticidad y honestidad de Monseñor como pastor en camino con su pueblo. Para él no hubo apariencia en sus actitudes y sus acciones. El era y hacía lo que decía. Proclamando la buena nueva del Evangelio a los pobres, se dejó evangelizar por las y los pobres de nuestro pueblo. Su fuerza mayor la encontraba en los momentos de oración cuando presentaba los gritos de dolor de su pueblo ante el Padre.

Quizás este eje en la vida de Monseñor Romero es uno de los desafíos más grandes que tenemos como cristianos/as, como comunidades eclesiales de base. Una de nuestras debilidades es que fácilmente observamos la falta de autenticidad y coherencia en otras figuras en la iglesia, pero nos cuesta reconocer nuestra propia incoherencia y falta de autenticidad. Nos reunimos y reflexionamos, estudiamos la Palabra de Dios, celebramos nuestra fe, oramos y pedimos perdón. Sin embargo, fácilmente encontramos “peros” para no arriesgarnos a tareas fundamentales del seguimiento a Jesús, de nuestro ser Iglesia.

Quisiera invitarnos a reflexionar estos días “en cuarentena”, en casa, acerca de la distancia que vivimos entre lo que decimos (sobre nuestra fe, nuestro compromiso cristiano,..) y lo que en realidad hacemos. Valoremos también los espacios donde si logramos disminuir la brecha ente lo dicho y lo hecho. La cuaresma nos invita a vernos en el espejo de la vida de Monseñor Romero. ¿En qué aspectos podemos crecer y avanzar en “coherencia y autenticidad” cristiana? Dialoguémoslo en familia.

Tere y Luis.